

H O M E N A J E
de la
Revista al Rector Magnífico Monseñor
Félix Henao Botero con ocasión de sus
Bodas de Oro Sacerdotales

1923 - Marzo 31 - 1973

Resolución del Consejo Directivo de la U. P. B.

El Consejo Directivo de la Universidad Pontificia Bolivariana,

C O N S I D E R A N D O :

Que el 31 de marzo del presente año cumple cincuenta años de Sacerdocio el Señor Rector Monseñor Félix Henao Botero.

Que Monseñor Henao Botero desempeña la rectoría de la Universidad desde hace 32 años; es uno de los profesores fundadores; fue el primer decano de la sección de Bachillerato y ha sido miembro del Consejo Directivo desde la fundación.

Que es deber de este Consejo manifestar su admiración y gratitud ante la magnitud de la obra realizada, la dedicación constante, el recto juicio y la acertada dirección que han distinguido la gestión profesoral y rectoral de Monseñor Henao Botero.

Que su prolongado apostolado sacerdotal, ejercido en la educación católica y en el campo social es admirable.

R E S U E L V E :

Artículo 1º - Conmemorar las **Bodas de Oro Sacerdotales** de Monseñor Henao Botero con un acto religioso especial que tendrá lugar en la Basílica Metropolitana el viernes 30 de marzo a las 10 a.m.

Artículo 2º - Declarar el 30 de marzo, para relieves el significado de esta conmemoración, día de fiesta en todas las secciones de la Universidad.

Artículo 3º - Publicar un folleto especial con una selección de discursos pronunciados por Monseñor Henao Botero relativos a la Universidad a través de sus 37 años de existencia.

Artículo 4º - Elaborar un pergamino con el texto de esta resolución y entregarlo públicamente en el acto religioso del viernes 30.

El Presidente, Pedro Javier Soto Sierra

El Secretario, Diego Velásquez Noreña

Exaltación del Apostolado Sacerdotal

Por Monseñor Tulio Botero Salazar

Homilía. — La celebración de unas bodas sacerdotales, cuando a ella se llega sin desmayos, sin claudicaciones, sin un momento de reposo en el trabajo, y con el alma henchida de la piedad y del fervor de los primeros días, y sin que hayan sufrido mengua la adhesión al Evangelio y la sumisión a la Iglesia, es un testimonio de lealtad a Cristo que no puede pasar desapercibido, sobre todo ahora cuando, dolorosamente, no pocos han abandonado el arado para mirar atrás, han vuelto los pasos para sepultar a sus muertos, o incapaces de satisfacer su corazón con el amor de Cristo, buscan un sustituto en el amor de los hombres.

El sacerdocio no es fruto de usurpación, ni de herencia, ni de conquista, ni se alcanza por méritos propios. “Ninguno se toma para sí este honor, sino el que es llamado por Dios como Aarón”. Es, pues, una gracia especial que el Señor confiere según su beneplácito: “No me habéis elegido vosotros a mí, sino yo os elegí a vosotros y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca”.

Pero, aunque Dios es el que toma la iniciativa y da el primer paso, espera, como lo hizo con María en el momento de la Encarnación, la aceptación voluntaria y la cooperación. Así el sacerdocio se convierte en una obra conjunta de Dios y del elegido, en un llamamiento divino y en una respuesta humana, en una unción proveniente del cielo y en una entrega en que el hombre se ofrece para ser instrumento de la misión y de los poderes divinos, como una prolongación del sacerdocio de Cristo.

Aceptar el llamamiento divino significa para quien ha sido escogido una entrega total, una renuncia sin reservas, un desaparecer del hombre para que aparezca Cristo. Por ello Pedro y Andrés dejaron las redes en la playa, Juan y Santiago abandonaron la barca y a Zebedeo, Felipe partió de Betsaida, Mateo cerró su telonio y Natanael olvidó su granja. Atrás quedaron sus familias, sus hogares, sus amistades, sus negocios, sus aspiraciones hasta poder exclamar: “Señor, todo lo hemos dejado y te hemos seguido”.

El Sacerdote. — Ser ungido sacerdote exige, como lo hizo Cristo, estar dispuesto a servir, y no a ser servido; a buscar la gloria del Padre, en lugar de la propia; a ser mayordomo fiel de los tesoros que se le encomiendan; a convertirse en un pastor, pronto a dar la vida por sus ovejas; a servir de instrumento al Espíritu Santo “para evangelizar a los pobres, predicar la libertad a los cautivos y la liberación a los oprimidos y anunciar el año de gracia del Señor”. Es someterse a ser enviado como oveja entre lobos, y a recorrer ciudades y veredas en busca de las almas, sin preocuparse de llevar “alforja para el camino, ni dos túnicas, ni sandalias, ni bastón”. Es hacerse personero de Cristo, con una identificación tan real y asombrosa que llega a convertirse en depositario de la misión de Jesús: “Como mi Padre me envió, así yo os envío a vosotros”. Por eso el sacerdote enseña y bautiza, perdona los pecados, ata y desata, abre o cierra las puertas del cielo y celebra el misterio eucarístico diciendo: Esto es mi cuerpo... Este es el cáliz de mi sangre...

Monseñor Félix Henao Botero, Rector Magnífico de la Universidad Pontificia Bolivariana ha sido actor predominante en la historia de nuestra arquidiócesis, desde hace medio siglo. Y aunque el balance definitivo de su actividad sacerdotal sólo es de incumbencia del Señor, y el juicio histórico corresponde a las generaciones futuras, cuando, desdibujadas ya por el tiempo la simpatía y la animadversión, el fallo sea prudente y acertado, sin embargo, séanos permitido también a nosotros, testigos vivientes de su labor, hacer un discernimiento de sus tareas apostólicas, pues, entre parecer desapercibidos o ingratos pasando en silencio la tarea de quien durante tantos años ha encallecido sus manos en la edificación de la Iglesia, o agraviar su modestia rememorando sus afanes, su celo, su fidelidad evangélica y su integridad sacerdotal, preferimos esto último porque los hechos son patentes y hablan por sí solos, porque la lámpara que alumbró su casa está puesta en lo alto y no bajo el celmín, porque no puede ocultarse la ciudad edificada sobre un monte, y porque es oportuno hacer resaltar sus buenas obras, para que por ellas todos glorifiquemos al Padre que está en los cielos.

Su labor. — Ordenado sacerdote en la ciudad de Roma el 31 de marzo de 1923 por el Cardenal Pompilli, y luego de doctorarse en Teología y Derecho Canónico, regresó Monseñor Henao Botero a su arquidiócesis, dispuesto a hacer fructificar copiosamente los talentos que Dios le había encomendado. Capellán primero del Asilo de Ancianos y luego de la Normal de Varones hizo acopio de una experiencia provechosa, como si hubiera querido Dios que al contacto con los ancianos y con los jóvenes, conociendo las penas, decepciones, soledad e ingratitud que agobian a los unos, y las aspiraciones y bríos que llenan de ilusiones a los otros, entendiera el sentido auténtico de la vida del hombre.

El sacerdote es, según el Concilio, cooperador del orden episcopal para cumplir la misión apostólica confiada por Cristo. Basta recordar algunos de los oficios encomendados a Monseñor Henao Botero para comprender hasta dónde ha sido pródigo colaborador de su o-

bispo: capellán, visitador de escuelas y colegios, examinador prosinodal, director de la Hora Católica, censor eclesiástico, juez prosinodal, colaborador del periódico "El Pueblo", profesor de la Universidad de Antioquia, profesor de filosofía y teología en el Seminario, decano de Bachillerato y Rector de la Universidad Pontificia Bolivariana. Mas, al margen de estas actividades que lo acreditan como diligente operario que ha puesto al servicio de la Iglesia su inteligencia, su cultura y su exquisita preparación en las ciencias eclesiásticas, Monseñor Henao Botero ha sido, por sobre todo, sacerdote, pastor y apóstol. En todas sus actuaciones antes que el hombre, se adivina al ungido de Cristo; sobre el expositor doctoral, prima el celo del catequista; el escritor profundo cede su puesto al sencillo orientador de las pláticas cuaresmales; el rector magnífico depone sus títulos para confundirse con la muchachada alegremente irresponsable, se hace todo para todos, a fin de ganarlos a todos para Cristo con su bondad campechana. Es un servidor de tiempo completo que no conoce horas de descanso cuando un pecador lo solicita, los afligidos necesitan consuelo, los enfermos un lenitivo y los descarriados un consejo. Su adhesión a la Iglesia no tiene reservas, ha hecho del acatamiento y veneración al Romano Pontífice un culto y su obediencia al obispo no registra excepciones ni vacilaciones. Por eso su integridad clerical y su fidelidad al compromiso sacerdotal son un testimonio viviente de que la tradición gloriosa del clero antioqueño no se ha extinguido, ni se extinguirá jamás, con la ayuda de Dios.

Y cuán consolador ha sido para sus superiores y cuán edificante para sus hermanos sacerdotes y para el pueblo de Dios, verlo aún, después de cincuenta años ofrecer el santo sacrificio con la misma unción y con la misma piedad de un recién ordenado.

Personalidad. — Predicador insigne, su palabra ha resonado en todos los rincones de Antioquia, a veces saturada de disquisiciones filosóficas y teológicas, y a veces sencilla y casi infantil cuando se dirige a los labradores de El Picacho, pero siempre evangélica, cristocéntrica y mariana, de tal manera que puede gloriarse, como el Apóstol, de no haber enseñado otra cosa que a Cristo crucificado.

Cuando se escriba la historia del movimiento social cristiano en Antioquia, necesariamente tendrá que figurar Monseñor Henao Botero como su iniciador. A su regreso de Roma, luego de haber asistido a un curso de doctrina social en Bolonia, cuando en la misma Europea apenas comenzaba a dar sus primeros pasos el movimiento social, ya Monseñor Henao Botero, oportuna e inoportunamente, reclamaba salarios justos, predicaba la doctrina de los romanos pontífices, pedía protección para los trabajadores, proclamaba la igualdad y la fraternidad y asustaba a nuestras incipientes industrias, dominadas por un capitalismo exagerado, con las exigencias de la justicia social. Además, bastó una insinuación del Arzobispo de Medellín, Canciller de la Universidad en 1961, para que Monseñor organizara la Facultad de Ciencias Sociales.

Cristo, que siendo rico se hizo pobre por nosotros para que con su pobreza nos hiciéramos ricos; pues "existiendo en la forma de

Dios, se anonadó a sí mismo, tomando la forma de siervo"; que careció de cuna, no tuvo una piedra para reclinar su cabeza y hubo de ser enterrado en un sepulcro ajeno, ha querido que sus sacerdotes, aunque viviendo en el mundo y de cara al mundo, se despreocupen de los bienes materiales, como quiera que "su parte y herencia es el Señor".

En la historia de la Iglesia primitiva se lee que cuando el prefecto romano exigió a San Lorenzo que le mostrara los tesoros de la comunidad, que se afirmaba eran ingentes, el diácono lo llevó a un barrio de la ciudad en donde le mostró un grupo considerable de pobres, enfermos, desnudos y hambrientos. Si alguien preguntara en dónde están los precarios ahorros, dada su modesta remuneración, que ha podido atesorar Monseñor Henao Botero después de un trabajo de cincuenta años, habría que presentarle a los pobrecitos, a las viudas, a los huérfanos, a los enfermos y a los carentes de trabajo de El Pí-cacho. Ellos bien lo saben que desde época muy lejana, él ha sido la mano de la Divina Providencia que los socorre pródigamente.

Comunicador Social. — Paladín de la verdad y apostologista por vocación, entrevió ya desde su juventud la importancia de los medios de comunicación social, y, anticipándose a nuestra época, los convirtió en vehículo de evangelización y en antena para captar los signos de los tiempos. Las páginas de "La Defensa", de "El Pueblo", de algunos periódicos contemporáneos y las memorables conferencias de la "Hora Católica", atestiguan que en Monseñor la palabra de Dios no ha estado encadenada.

Pero la realización integral de su sacerdocio la ha alcanzado Monseñor Henao Botero en su calidad de educador.

"La Iglesia es una escuela sublime, escribió Pío XII, y su misión, como gran parte del oficio sacerdotal, consiste en enseñar y educar". Cristo, que reclamó para sí ufanamente el título de maestro, confió a los sacerdotes la misión de enseñar: "Ite et docete". El sacerdote es, pues, en virtud de su vocación, portador de la verdad. Por esto la Iglesia, según lo anota el Concilio, atiende con desvelo las universidades católicas para que, mediante una sólida comprensión científica, "se perciba con profundidad mayor cómo la fe y la razón tienden a la misma verdad", pues "la Santa Madre Iglesia debe atender a toda la vida del hombre, incluso la material, en cuanto está unida con la vocación celeste, para cumplir el mandato recibido de su Divino Fundador, a saber, el anunciar a todos los hombres el misterio de la salvación e instaurar todas las cosas en Cristo; por eso le corresponde también a la Iglesia una parte en el desarrollo y en la extensión de la educación".

La Universidad Pontificia Bolivariana. — La Arquidiócesis de Medellín puede enorgullecerse, sin vanos triunfalismos, de la Universidad Pontificia Bolivariana, fundada por Monseñor Tiberio de J. Salazar, nuestro ilustre predecesor, secundado por un grupo de sacerdotes, profesores, alumnos y miembros prominentes de la sociedad, y que, en un alarde quijotesco, desafiando dificultades, incomprensión y penuria, sacaron de la nada una universidad que es honra de Colombia.

Las instituciones educativas, aunque se desenvuelvan sobre moldes legales y tradicionales ya preestablecidos, tienen siempre el sello inconfundible de quienes las dirigen y orientan. Pasada la rectoría de Monseñor Sierra, fecunda y decisiva en la organización de la recién nacida universidad, a la que marcó con sello inconfundible, tocó a Monseñor Henao Botero sucederle el 4 de marzo de 1941, y enrutarla definitivamente para convertirla en un motor de desarrollo y en un centro de irradiación del humanismo cristiano, cuyos frutos hoy cosecha el país.

Fiel a su formación escolástica, desde el principio comprendió el nuevo rector que las realidades de la tierra no existen sino en función de una idea divina, que es la Verdad en sentido propio, porque, como lo anota el Concilio, "los cristianos, en marcha hacia la ciudad celeste, deben buscar y gustar las cosas de arriba, lo cual en nada disminuye, antes por el contrario aumenta la importancia de la misión que los incumbe de trabajar con todos los hombres en la edificación de un mundo más humano".

Cuando todavía parecía una aventura arriesgada y las empresas industriales no tenían establecida sistemáticamente la incorporación de personal altamente especializado, la Universidad Pontificia Bolivariana fue creando, una tras otra, las facultades técnicas, que sacaron de su letargo la industria y pusieron al galope el proceso de desarrollo. Simultáneamente, en la medida de las exigencias, y como un elemento indispensable y aglutinante de la cultura hermanada con la técnica, aparecieron nuevas facultades humanísticas, hasta llegar, según deseo expreso del Concilio, al Instituto y a la anhelada Facultad de Teología, así lo esperamos, para lograr que los alumnos "puedan formarse como hombres de auténtico prestigio por su doctrina, preparados para desempeñar las funciones más importantes en la sociedad y ser testigos de la fe en el mundo" y así "alcanzar una como presencia pública, estable y universal del pensamiento cristiano".

Misión Educativa. — No podía ser de otra manera en una universidad que por su origen y definición es católica, por privilegio de la Santa Sede es Pontificia y aspira a formar no solo profesionales, sino profesionales cristianos, y a preparar técnicos, no con el frío corazón de una máquina, sino con un corazón humano y cristiano.

Cuánto debe Colombia a la Universidad Pontificia Bolivariana lo dicen sus egresados que por doquier dirigen y encauzan el desarrollo, en busca de un mundo más amable y de una patria mejor.

Cuánto debe la Iglesia a la Universidad Pontificia Bolivariana lo acreditan quienes han sido alumnos de sus claustros que, fieles al compromiso con el plantel y certificando la veracidad del dicho común, que "el ser bolivariano imprime carácter", están pregonando que la semilla evangélica que en ellos se depositó, al par que la de la ciencia, no fue estéril, que Cristo cuenta en su vida y que en ellos puede confiar la Iglesia.

Podéis estar satisfecho, carísimo Monseñor, de la obra llevada a cabo en este medio siglo de vida sacerdotal, pese a las inevitables deficiencias y limitaciones de nuestra humana condición.

La Universidad que recibísteis como una pequeña semilla de mostaza recién plantada, es ya un árbol en que florecen el auténtico humanismo y los avances técnicos, impregnados de sentido teológico. Todo en ella lleva la impronta de vuestro dinamismo, de vuestro celo, de vuestro empeño por ser testigo de la verdad y sembrador de inquietudes e ideales cristianos.

El ideal bolivariano de la Universidad ha configurado una pléyade de ciudadanos ejemplares y patriotas; el ideal cristiano, los ha llevado a sentirse también ciudadanos del cielo; el ideal social, con sus consultorios gratuitos, las casas para empleados, la cooperativa, el bienestar estudiantil, las becas y los campos de deporte, a pesar de la insuficiencia de recursos económicos, ha tenido cabal cumplimiento.

Bien sabemos que los problemas actuales de la sociedad y, específicamente, los que atañen a los estudiantes; la expansión de la Universidad, que no da tregua; la carencia de recursos económicos y la indiferencia y poca generosidad del Estado, para dar una colaboración condigna; la necesidad de promover cambios estructurales, que las circunstancias actuales están reclamando y mil inquietudes más, os mantienen en permanente estado de preocupación. Esperáis en vano que llegue un día mejor para el venerado claustro. Pero, recordad que aquí en el mundo no tenemos ciudad permanente, que el agobio de las tribulaciones es condición inherente a nuestra existencia, que somos peregrinos que no hallaremos descanso sino en el cielo, que es condición para seguir al Señor tomar la cruz cada día y que, como ya lo escribió San Pedro, “habéis de alegraros en la medida en que participáis de los sufrimientos de Cristo, para que en la revelación de su gloria exultéis de gozo”.

Y mientras el Señor os concede la corona que os tiene reservada por haber sido el siervo bueno y fiel, aceptad, queridísimo Monseñor Henao Botero, la voz de aliento de la arquidiócesis y los sentimientos de gratitud de la Iglesia que sabe que no en vano hace 50 años os ordenó sacerdote de Cristo y os envió a enseñar, a predicar y a santificar las almas.

Henao Botero, un Operario del Señor

Por Alfonso García Isaza

Los cincuenta años de sacerdocio de Monseñor Félix Henao Botero podrán sorprender a quienes conocemos el agobio de sus deberes y sus padecimientos físicos y morales. Pero para él la fecha jubilar le llega como otro día que impone nueva tarea en la continuación de su ingente labor.

Y a propósito: Qué antioqueño ha trabajado más que Henao Botero en circunstancias tan difíciles por treinta o más años? Recibir un principio de Universidad en condiciones económicas extremadamente precarias, emplearse a fondo en su supervivencia y desarrollo, afrontar todos los imprevistos de la obra en pañales atacada rudamente, darle una proyección hacia las necesidades de la comunidad, hacerla de tal naturaleza que atendiera a todas las exigencias de la vida moderna, no desde una completa y eficiente oficina de planeación, desde una rectoría con todos los implementos y eficaces asesorías sino desde un caserón destartado, rodeado de una muchachada a quien le tenía que solucionar desde sus problemas académicos hasta los de su subsistencia material, llevar en la cabeza la cuenta de las libras de carne, de las escobas, de las bombillas, que se gastaban, de los jornales, de los sueldos, que había que pagar cada década o quincena: idear nuevas facultades, regatear, pelear con el gobierno civil y con el eclesiástico, ablandar a los banqueros para lograr los préstamos y a la industria para que colaborara con la Universidad, convencer a las señoras ricas para que dejaran algún legado a la Bolivariana, escribir, hablar, viajar, intrigar por ella, todo "oportuna o importunamente" en treinta y dos años sin despabilar un momento, es empresa que agota muchas cabezas y muchas voluntades.

Hoy ningún presidente o gerente de alta industria que se respete trabaja sin dinero, proyecta sin flamante equipo, actúa sin los instrumentos de mando último modelo. Henao Botero lo ha hecho casi solo, a claro pedido y ha creado una Universidad que, aún con limitaciones y fallas, es la obra mayor que Antioquia ha realizado en el presente siglo, como esfuerzo humano, como centro de cultura, como obra social, como multiplicador urbanístico, como irradiación política, industrial y económica.

Cuando las universidades eran casi todas oficiales, con una que otra excepción esmirriada, la U. P. B. la toma Henao Botero para hacer de ella en grande algo autónomo a pesar del patrocinio de la Curia, a veces de nombre, a veces sordo, del patrocinio pontificio tan lejano e inoperante y la pone a marchar así sea renqueando al comienzo, o con dificultades en pleno vuelo.

Henao Botero doctor en teología y derecho canónico no es ningún máster o Ph. D. en Administración y Finanzas; con todo, a golpes de intuición, llevado del sentido práctico de buen cejeño, de vez en cuando dando palos de ciego, hizo su Universidad, con un excepcional empuje y visión anticipándose en la ejecución de la obra a muchas exigencias que posteriormente se impusieron en asuntos de administración y financiación universitarias.

Sin duda alguna Henao Botero fue el primer rector gerente de la universidad en Colombia, por lo menos. Su latiguillo de que invertir en la universidad es un gran negocio para la comunidad fue una idea suya que si hace 25 o más años incomodaba a la Banca y a la Industria hoy es un principio universal acogido como necesario.

La estrecha vinculación entre universidad e industria se impone hoy con el entusiasmo que Henao Botero la predicaba y defendía por primera vez hace tiempo. La proyección social de la universidad acaso no tuvo en Henao Botero a uno de sus pioneros? Cuando en nuestro medio apenas sí estaban las viejas y tradicionales facultades de Derecho, Medicina, Ingeniería Civil, Henao Botero puso al pie de ellas las nuevas de Química, Arquitectura, Ingeniería Eléctrica, Servicio Social, etc. La Bolivariana fue una de las primeras avanzadas de la técnica moderna en nuestro país.

No es fácil juzgar la acción de Henao Botero en todos sus aciertos y desaciertos. Su magnitud, su importancia, su trascendencia exigen ya paciente e imparcial labor de historiador. No siempre ha sido unánime el acuerdo sobre su gestión pero la realidad es que ha sacado adelante una Universidad.

La Bolivariana es su obra. La ha hecho en mucho a su imagen y semejanza. Es su vida. En ella se explican todos los acontecimientos de la larga existencia de Monseñor. El gañán empeñado en el tradicional menester del ordeño sobre una tierra de esmeralda y un horizonte de zafiro, el discípulo tenaz de los Hermanos Cristianos, el vivaracho seminarista al acecho de las marrullas de Monseñor Marulanda, el montañés alelado en plena plaza de San Pedro en Roma ante la pompa imperial y la majestuosa figura de Pío XI, el asiduo estudiante de los claustros romanos que vio con curiosidad estupefacta y maliciosa la marcha de las camisas negras sobre la urbe milenaria, el joven abate que espantaba desde los humildes púlpitos de nuestros pueblos y capillas a curas de misa y olla y a beatas inocentes citando a Descartes, Kant, Hegel y Spinoza en las fiestas de San Antonio o San Luis Gonzaga, el profesor de bachillerato, el catedrático del seminario, el publicista, a ratos periodista, a ratos hombre de radio, esa niñez, esa adolescencia y esa juventud suya varia, dispersa y trashumante desembocan de pronto en el colosal desempeño universitario

que le absorbe todas esas experiencias, solicita esa vitalidad, requiere por completo de esa dinámica.

Todavía Henao Botero cruza por los claustros bolivarianos no como una trémula sombra legendaria, sino fiel a esa mística del trabajo, a la mística por la Universidad que todas las mañanas lo incorpora para continuar hacia adelante.

Es difícil señalar a otro antioqueño, a otro colombiano de tan abrumadora y rotunda acción. Comparable a Carrasquilla y Castro Silva en su dilatado magisterio, los supera por la energía en la acción creadora. Prolongaron aquéllos la sabiduría de tres siglos, fueron poderosas inteligencias que iluminaron con sus escritos y su palabra muchos tramos de historia nacional, pero El Rosario se movía con el lento ritmo de una asteroide al cual se le fijaba una velocidad pausada. Henao Botero a su creación le imprimió una velocidad creciente. Aquellos conducían y hacían obra como príncipes con la mano enguantada, nuestro hombre como un titán entre la manigua.

Su personalidad es trasunto de su energía. Bronco, recio, no muy cuidadoso en las maneras, atrae, sin embargo, por el encanto de su charla sávida y campechana. Qué gran cosseur es Henao Botero. Cuando está de gracia el gracejo, el apunte, saltan en el lenguaje ágil y socarrón.

Podrá escribir una antología criolla del humor con los chascarrillos de Monseñor Marulanda, del Padre Montes o los cuentos de Marañas. Se enriquecería nuestra literatura con un aporte en género tan difícil como humano.

Hace varios años escribe sus pláticas de cuaresma; de ellas hubo una serie de apuntes sobre la vida diaria que delataban la vena narrativa y psicológica que pudo haber explotado. Duerme en él un cuentista estupendo. Pudo haber sido nuestro Pierre L'Ermite. Escribe en prosa de cortes rápidos y nerviosos. No es armoniosa pero está saturada de energía y originalidad. Cuando luce como orador pocos le igualan por la fuerza de su convicción. Sus intervenciones son proclamas rubricadas con el ademán vigoroso que en él no desentona ceñido al impulso del pensamiento.

No extraña gallera y tarde que temprano se apodera de las situaciones en congresos, reuniones, foros o asambleas a donde va llevando con desenfado la representación de la Universidad sea en Bogotá, Washington, Tokio o Buenos Aires. Maneja los hilos de la trama y este cejeño que no sabe de finuras ni de intrínquilos diplomáticos de pronto como un buen jugador acusa las cuarenta. Y ríe después como un niño cuando hace bailar mejor su trompo que los demás.

Pero lo hermoso en esta vida de tan excepcional peripecia es la fidelidad a su vocación. En la frescura de la mañana, hoy como ayer, se acerca al altar con la misma estremecida unción de hace cincuenta años; con la misma exaltación de los verdes años se acerca cada vez más "al Dios que alegra su juventud".

Entre el tumulto de hombres, circunstancias y acontecimientos que a veces parecen apabullarlo se mueve siempre como un discípulo del Señor, sereno o angustiado, tranquilo o agitado, pero sostenido por la oración devota e íntima que brota de la fe granítica, de su esperanza

llena de certidumbres, de su conformidad con la voluntad divina que explica su fortaleza en las dificultades, su resignación en los grandes dolores y su permanente y contagiosa mística.

La honestidad y pureza de costumbres lo hacen sacerdote ejemplar. Capaz de manejar millones y hacer grandes negocios es proverbial su pobreza y su desprendimiento personal. Sabe gozar, como buen cristiano, de la naturaleza, obra de Dios, tonificarse con una buena copa, gustar de alguna buena vianda como buen gourmet y eso sí, mantener a flor de labio un "victoria" que le ayuda a espantar las penas y los malos fantasmas.

A pesar de su nutrida ilustración y de preocuparse por estar informado sobre todas las corrientes ideológicas contemporáneas sigue aferrado a los principios tomistas seguro de hallar con ellos la verdad; su teología para muchos trasnochada, la profesa con la devoción con que la asimiló en sus estudios de seminario como si con ella palpara lo impalpable.

Los honores ni lo ofuscan ni envanecen, es humilde. Sigue siendo el sencillo sacerdote que tiene las manos limpias, el corazón puro y el alma en ascuas como en el día de su ordenación.

Solo que después de tanto tiempo está al pie del surco. De ahí se retira cuando caigan las sombras de la muerte y sienta que Alguien a quien amó sobre todas las cosas lo inunda de gozo.

He aquí un admirable operario del Señor.